



según Al-Makari se hallaba ocupado en sujetar á los inquietos cántabros, y reuniendo á sus parciales, apresuróse á hacer levas de gente con ayuda de los condes y prelados, á los cuales se agregaron, á lo que se cree, los mismos hijos y parciales de Witiza con el metropolitano Oppas, fingiendo deponer sus rivalidades y querellas interiores para resistir á los invasores extranjeros. No puede suponerse, en verdad, que hubieran llevado los enemigos de Rodrigo su despecho y su perfidia á tal extremo, que fuera su ánimo causar la ruina y pérdida total de España (pérdida y ruina en que al cabo se vieron envueltos ellos mismos), y entregarla á los musulmanes. Creerian, y acaso lo concertáran así, que destronado Rodrigo, su principal objeto, habrían de contentarse aquéllos, ó con un tributo, ó cuando más con la posesión de alguna parte del territorio español, como en tiempo de Atanagildo había acontecido con los griegos imperiales, buscados, como éstos, por auxiliares para destronar un rey. Consolémonos, mientras otra cosa no se pruebe, con fijar límites al encono y la traición, que también suelen tenerlos.

Entre tanto los musulmanes difundían el terror por las tierras de Algeciras y Sidonia, llegando hasta las márgenes del Anas (*Al Uady Anas*, el río Anas); y noticioso Tarik de los preparativos de Rodrigo, había pedido también refuerzos á Muza, que le envió otros cinco mil jinetes africanos, á los cuales se incorporaron algunos judíos. Con este socorro, habiendo ya hecho quemar Tarik las naves para que no quedara á los suyos ni otra esperanza ni otra elección que la victoria ó la muerte, salió denodadamente en busca del ejército cristiano, que en número de noventa á cien mil hombres, mandados por el monarca en persona, pero gente la mayor parte allegadiza y mal armada, llenaba ya los campos de Andalucía. Incorporóseles Teodomiro con el resto de los suyos. Encontráronse ambos ejércitos á orillas del Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera. Allí era donde iba á darse la batalla sangrienta que había de decidir del destino de la nación godo-hispana. Eran los últimos días de Julio del año del Señor 711.

Godos y sarracenos, cristianos y musulmanes se miran de frente. La religión de Jesús se halla en presencia de la religión de Mahoma. ¿Por qué va á permitir Dios que el acero haya de decidir cuál de las dos ha de triunfar en España? Inescrutables son sus juicios, y podemos á las veces presumirlos, pero no penetrarlos. Los árabes, á quienes el Profeta había prometido la herencia de toda la tierra, marchaban al combate con el entusiasmo de una religión á que creían deber todos sus triunfos: los españoles iban á pelear en defensa de sus vidas, de su patria y de su fe. Los sarracenos eran muy inferiores en número: había cuatro cristianos para cada musulmán, dicen sus crónicas. Pero los godo-hispanos habían perdido su antiguo vigor con las dulzuras de una larga paz: los sarracenos estaban aguerridos con cien recientes campañas. El uno era un pueblo viejo y debilitado; el otro un pueblo vigoroso y joven. Los cristianos, vestidos de lorigas, y armados los unos de lanzas y espadas, los otros de hondas, hachas, mazas y guadañas cortantes, lo primero que habían podido haber á las manos: los musulmanes, con sus turbantes en la cabeza, su arco en la mano, su alfanje colgado al cuello, su lanza al costado, sus albornoces blancos, encarnados ó oscuros, montados en alazanes ligeros como el viento: á la cabeza de los cristianos el rey Rodrigo, en su carro bélico, incrustado en marfil, con corona en la cabeza y clámide de púrpura bordada de oro sobre los hombros.

Dió principio la pelea al despuntar el día: cristianos y sarracenos se arremetieron con igual brío y coraje; temblaba, dicen los historiadores árabes, bajo sus pies la tierra, y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafles, con el sonido de guerreras trompas y con el espantoso alarido de ambas huestes. Mantúvose igual la lid todo el día, hasta que la noche vino á poner tregua á tantos horrores. Recomenzó la lucha al rayar el alba del siguiente, «y el horno del combate permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.» Al tercero comenzaban á flaquear los sarracenos. Tarik recorrió las filas á caballo, y arengó á los suyos diciendo: «¡Oh musulimes,



¡vencedores de Almagreb! ¿Adónde vais? ¿Adónde pensáis encontrar asilo? El mar está á vuestra espalda y delante teneis al enemigo: no hay remedio sino en vuestro valor y en la ayuda de Dios. ¡Guallah! (por Dios). Yo acometeré á su rey y le quitaré la vida, ó moriré á sus manos.» Y arrimando el acicate á su caballo, partió en busca de Rodrigo, siguiéndole ya reanimados los musulmanes. ¿Qué fué lo que les infundió tanto aliento cuando iban ya de caída? ¿Fué sólo la arenga de Tarik, ó fué acaso la defección de los hijos de Witiza, del prelado Oppas y sus parciales, que vieron llegado el caso de consumir su traición y su venganza, y abandonaron á Rodrigo ó se pasaron á los árabes? Muchas crónicas lo afirman y así inducen á sospecharlo los antecedentes, aunque otras lo nieguen y algunas de los árabes lo omitan. Con esto los africanos arremetieron á manera de torbellino las primeras filas cristianas: desordenáanse éstas con tan impetuosa acometida: Rodrigo, sin embargo, no desmaya, antes crece su arrojo y pelea con bravura: ¡inútil esfuerzo aunque laudable! ¡En aquel momento se cumplía el destino fatal de España! El desventurado monarca perece en el calor de la pelea herido por la lanza misma de Tarik, y ahogado con su caballo en las aguas del Guadalete. Los escritores árabes añaden que su cabeza fué enviada á Muza como testimonio y trofeo de la victoria (1).

(1) Por no multiplicar notas y aglomerar citas, interrumpiendo y cortando á cada paso el hilo de la narración, no hemos ido anotando la multitud de variantes que se observan en los autores sobre cada incidente y circunstancias de este memorable suceso. Además de lo que hemos indicado acerca de los célebres amores de Rodrigo y la Cava, hay quien pretende eximir de la culpa y nota de traición al obispo Oppas y al mismo conde Julian. Cuéntase de diferentes maneras la embajada y consulta de Muza al califa Walid. Cuestionábase si fueron una ó dos las expediciones exploratorias que precedieron á la invasión formal: si Tarif y Tarik, ó Tarek, fueron dos distintas ó una misma persona. Se ha disputado mucho y variado no poco sobre el año de la invasión y sobre el mes en que se dió la famosa batalla: si duro sólo tres días ó duró ocho: si acompañaban ó no á Rodrigo los hijos de Witiza y el metropolitano Oppas, y si le abandonaron ó no en el combate y se pasaron á los sarracenos. Niegan algunos que se presentara el rey en la batalla en lujoso carro y con todo aquel aparato

Privados los cristianos de su rey y caudillo, desordenáronse descorazonados y llenos de pavor. Los árabes y berberiscos hicieron entonces espantosa carnicería en los hispanogodos, cebáronse en ellos con mucho espacio, y murieron tantos, «que sólo Dios, que los crió, dice un escritor árabe, los podría contar.» La tierra quedó cubierta de cadáveres, y las aguas del río tintas de sangre noble. Por mucho tiempo se vieron en los campos los despojos, las rotas armaduras y los huesos blanquecinos de los godos.

¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado! (1).

Fué esta última batalla memorable en viernes 31 de Julio de 711, el 5 de la luna Xawal del año 92 de la hegira. Acabó en las riberas del Guadalete la monarquía goda; desplomóse el trono de Ataulfo, de Recaredo y de Wamba; perecieron su libertad y sus leyes: sopló el viento de África y cayó derrumbado el imperio de tres siglos: el estandarte de Mahoma tremolará en los templos cristianos y costará

de majestad. Hácenle unos morir alanceado por el mismo Tarik, otros ahogado con su caballo Orelia en las aguas del Guadalete, y aún no falta quien crea lo de haberse salvado y huido á la Lusitania, donde pasó el resto de sus días haciendo penitencia; á lo cual ha contribuido aquello del sepulcro hallado dos siglos más tarde en Viseo, con la inscripción: *Hic requiescit Rodericus, ultimus Rex Gothorum*. Conviniendo todos en el hecho principal, difieren lastimosamente en cada uno de sus antecedentes, circunstancias y pormenores. Nosotros hemos cotejado detenidamente las historias árabes con las cristianas, y basado nuestra relación en lo que nos ha parecido más autorizado y también más verosímil; teniendo presentes entre las crónicas é historias cristianas la del continuador del Viciense, de Isidoro de Beja, de Sebastian de Salamanca, del monje de Silos, de Rodrigo de Toledo, la general de Alfonso el Sabio, las de Morales, Mariana, Ferreras, Florez, Mondéjar, Pellicer, Masdeu, con los anotadores é ilustradores de unos y otros, y entre las árabes, los autores de Casiri, Conde, Gayángos y Lembke, creyéndonos dispensados de citar las discordancias que se notan en Ebn Hhayan, Ebn Khaldun, Abulfeda, Abu Abdalla, Abul Hasan, Ebn Khalkan, Ebn Al Khatib, etc., que prolijamente mencionan los historiadores extranjeros. En cuanto al año de la invasión y tiempo en que se dió la batalla, creemos que se marcha ya de acuerdo desde que se ha fijado bien la correspondencia y relación de los años de la hegira con los de la era cristiana.

(1) Fr. Luis de Leon, oda.



ocho siglos de lucha el abatirle. En todos los ámbitos de España resonó un quejido de dolor. Cinco siglos despues de la catástrofe pintaba el rey Sabio el *Llanto de España* con los siguientes tiernos y elocuentes rasgos en el idioma de su tiempo.

«Despues que la batalla fué acabada, desaventuradamente fueron muertos los unos é los otros.... E fincára toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, complida de apellido, huésped de los estraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus hijos, confondida de los bárbaros, desmedrada por llanto é por llaga, fallescida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de los suyos.... España, que en otro tiempo fué llagada por espada de los romanos, despues que guaresciera é cobmenzára por melezina é bondad de los godos, estónces era quebrada, pues que eran muertos é aterrados cuantos ella criára. Olvidados le son los sus cantares, el su lenguaje ya tornado es en ageno ó en palabra estraña.... España mezquina cató la su muerte; fué cuitada, que solamente non fincó aquí nenguno que la llantée: llámenla dolorida, é más muerta que viva. Suena la su voz así como en el otro siglo, é sale la palabra así como de su tierra; é diz con la gran cuita: Los omes que pasades por la carrera, parad mientes, é ved si hay cuita ni dolor que semeje con el mi dolor. E llantos dolorosos é alaridos España lloró. Los sus ojos no se pueden conortar, porque ya no son. Las sus casas, é las sus moradas todas fincaron yermas é des-pobladas. La su honra, é la su prez tornada es en confusión, cá los hijos é los sus criados todos murieron á espada. Los nobles fijos de los nobles cayeron en captivo. Los príncipes é los altos homes idos son en deshonor y en desnuesto: los buenos combatientes perdiéronse en extremo, é los que antes estaban libres, estónces se tornaron en siervos.... El que fué

fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor é ligero de piés non guaresció á las saetas.... ¿E quién daría á mi agua, con que toda mi cabeza fuese bañada, é mis ojos fuentes, que siempre manasen lágrimas, porque llorasen é planiesen la pérdida, é la muerte de los de España, é la mezquindad, é el tratamiento de los godos? Aquí se remató la santidad é religion de los obispos é de los sacerdotes; aquí quedó é menguó el abondamiento de los clérigos que servian las iglesias; aquí peresció el entendimiento, é el enseñamiento de las leyes de la santa fe, é los padres é los señores todos perescieron en uno.... Toda la tierra astragaron los enemigos, é las casas hermaron, los omes mataron, las cibdades robaron é tomaron.... Quanto mal sufrió aquella Babilonia, que fué la primera é mayoral en todos los reinos del mundo, cuando fué destroida del rey Ciro é del rey Darío.... é quanto mal sufrió Roma, que era señora de todas las tierras, cuando la tomó é la destroyó Alarico, é despues Ataulfo, rey de los godos, é despues Genserico, rey de los vándalos; é quanto mal sufrió Jerusalem, que segun la profecía de nuestro Señor Jesucristo fué derribada é quemada, que non fincó piedra sobre piedra; é quanto mal sufrió aquella nombre de Cartago, cuando la tomó é la quemó Scipion, cónsul de Roma; dos tanto mal, é mas que aquesto sufrió la mezquina de España, desamparada, cá en ella se ayuntaron todas estas coitas, é tribulaciones.... (1).»

Antes de proseguir la historia de la fatal conquista, hagamos aquí un descanso, y examinemos la condicion del pueblo godo en lo religioso, en lo político y civil, y lo que legó á España para su vida futura cuando fué destruido.

(1) *Crónica de España* por don Alfonso el Sabio, pág. 202 y sig.

CAPÍTULO XII

ESTADO SOCIAL DEL REINO GODO-HISPANO EN SU ÚLTIMO

PERÍODO.

Mudanza en la organizacion política del estado desde Recaredo.—Mezcla en las atribuciones de los poderes eclesiástico y civil.—Relaciones entre los concilios y los reyes.—Su influencia respectiva.—Sus inconvenientes y ventajas.—Indole y carácter de los concilios.—Si eran córtés ó asambleas nacionales.—Opiniones diversas sobre este punto.—Fijase la verdadera naturaleza de estas congregaciones.—Independencia de la Iglesia goda.—Exámen histórico del Fuero Juzgo.—Sus diversas clases de leyes.—Juicio critico sobre este célebre código.—Análisis de algunos de sus títulos y leyes.—Sistema judicial.—Id. penal.—Sobre la familia.—Sobre la agricultura.—Colonos.—Vinculaciones.—Feudos.—Literatura hispano-goda y su indole.—Historia.—Ciencias.—Poesía.—Extravagante idea de los godos sobre la medicina.—Ilustracion del alto clero.—Prodigiosa erudicion de San Isidoro.—Numeracion de sus obras.—Estado de las artes, industria y comercio de los godos.—Errada calificacion de la arquitectura gótica.—Monedas.—Consideraciones generales sobre la civilizacion goda.—Si ganó ó perdió la España con la dominacion de los visigodos.

Expusimos en el capítulo IV de este libro, la marcha de la nacion godo-hispana y su organizacion religiosa, política, civil y militar, hasta el reinado de Recaredo; y anunciamos allí que desde aquella época tomaria otro rumbo, otra fisonomía la constitucion del imperio gótico. Así se realizó.

Desde que Recaredo, convertido al catolicismo, sometió al tercer concilio de Toledo la deliberacion de asuntos pertenecientes al gobierno temporal, comenzó á variar la indole de la monarquía, comenzó tambien á variar el carácter de aquellas asambleas religiosas. El trono buscó su apoyo en el altar, y la Iglesia se fortaleció con el apoyo del trono. Eran dos poderes que se necesitaban mutuamente, y mutuamente se auxiliaban. Los reyes fueron al propio tiempo los protegidos y los protecto-

res de la Iglesia, la Iglesia era simultáneamente la protegida y la protectora de los reyes. En esta reciprocidad de intereses y de relaciones, era muy fácil, como así aconteció, que se confundieran las atribuciones del sacerdocio y del imperio, traspasando cada cual sus límites, y arrogándose, ó si se quiere, pres-tándose sus facultades propias. En esta especie de traspaso mutuo, el poder real ganaba por un lado y perdía por otro; el poder episcopal ganaba siempre en influjo y adquiria una preponderancia progresiva.

Los monarcas se vieron en la necesidad de acogerse al amparo de los concilios por varias poderosas razones. Lo primero, porque en estas asambleas se hallaban concentrados el talento y el saber, y necesitaban de las luces de los obispos para guiarse y dirigirse con acierto: lo